

# El Viaje

El pequeño Daniel apretó con fuerza la mano de su madre. Era su primera vez viajando en autobús y estaba algo asustado. Los adultos a su alrededor parecían seguir una especie de ritual del que él no era parte, todos ellos lucían cansados y algunos ni siquiera se tomaban el esfuerzo de murmurar un ausente «Buenos días». Daniel no entendía de esas cosas, en cuanto se encontró delante de aquel gigantesco asiento con su propio cristal soltó con gracia un «¡Cómo mola!» en voz alta que hizo reír a la conductora a la vez que su madre se disculpaba por el ruido con sus mejillas rojas, avergonzada. Era aquella vergüenza que solo un cuerpo adulto sentiría, así que Daniel sonrió orgulloso de haber sacado una risa a la cansada mujer, dueña, según su inocente mente, de aquel enorme vehículo.

Una vez acostumbrado a la novedad de estar dentro de un coche gigante lleno de «aburridos niños de gran tamaño» se deshizo de la mano de su madre. Su pequeño cuerpo se escurrió por entre la gente hasta llegar al último asiento, ahí arriba se sentía como el rey de su pequeño mundo y lanzó al aire una risotada, imitando aquella del villano de su serie favorita. Pero en cuanto su madre se sentó a su lado, aquella fantasía se deshizo tan rápido como la había creado, porque los reyes malvados que él conocía no tenían una madre cariñosa que los acompañara en sus aventuras así que se vio obligado a abandonar la idea con un suspiro de resignación infantil. Aburrido, sin tener nada más con lo que entretenerse, se giró hacia la ventana.

El autobús surcaba ahora el enorme océano, Daniel se giró con rapidez hacia los otros pasajeros, pero estaban tan ensimismados que no parecían notar el suave balanceo que las olas provocaban, solo él y la conductora, Daniel estaba seguro de eso, veían aquel profundo color azul. Los coches que antes llenaban la carretera ahora eran delfines. Daniel los saludó con entusiasmo y el delfín que nadaba tras el autobús-barco soltó un ruido. Él nunca había escuchado el chasquido de un delfín, pero estaba convencido que sonaba idéntico al pitido de su coche. Esto le puso feliz y empezó a imitar aquel sonido.

De pronto los delfines empezaron a lucir cada vez más alejados, ¡estaban despegando! El autobús-barco se había convertido en un cohete, ahora cada luz era una estrella y Daniel se divertía contándole a su madre las constelaciones que solo él era capaz de ver. Se encontró deseando que esas tristes personas pudieran ver la imagen que él tenía ante sus ojos, pero sabía que eso era imposible porque ya no tenían aquella mirada especial que solo los niños poseían.

Cuando Daniel y su madre se bajaron en la parada indicada, el pequeño aún tenía los ojos clavados en aquel autobús-barco-cohete preguntándose qué otros exóticos lugares podrían visitar la próxima vez, y con entusiasmo agitó su pequeña mano en señal de despedida. «Hasta la próxima parada».

Psique.